

## Prólogo

El tacto de la piedra en sus manos desnudas era tosco, punzante y ligeramente resbaladizo.

Con un suspiro tranquilo, el encapuchado se detuvo en esa sensación, en la erosión que el contacto con aquella piedra tan común le estaba produciendo por dentro. Estaban cerca. Muy cerca. Sobre todo él, después de una vida jugando al escondite con su porvenir.

Siempre supo que estaba destinado a hacer algo más grande. A ser una fractura en las entrañas del mundo de la que brotan las raíces que lo sostienen todo. Un rey. Legítimo o no, pero rey. Alguien que deja huella en la memoria de un pueblo.

Pero trataron de convencerlo de que en el mundo ya no quedaban reinos. Que los tronos habían quedado sepultados, que fueron engullidos por océanos que ahora estaban secos. Le juraron que incluso las leyendas habían muerto.

Mentira. Todo mentira.

El encapuchado clavó los nudillos contra una de las piedras que formaban el muro.

—¿Qué demonios haces?

Una voz grave lo sobresaltó a sus espaldas.

Nervioso, el encapuchado pegó los brazos al cuerpo y se aclaró la garganta.

—Estaba... estaba comprobando una cosa —balbuceó.

—La presión de tu puño no va a derrumbar el Muro. No es un rompecabezas. —El encapuchado odiaba el tono condescendiente de aquel hombre—. ¿Podremos sortear este obstáculo? ¿Qué opinas?

Aferrado a los bordes de su capa, el encapuchado se giró y volvió a contemplar el Muro al detalle. Parecía realmente sólido.

Si miraba hacia arriba desde donde se encontraba, le daba la impresión de que el horizonte tenía el color de una tormenta de cenizas; debía medir más de treinta metros de altura. Y, sobre plano, parecía aún más inexpugnable. Se extendía más allá de lo que abarcaba su vista. Centenares de miles de piedras, colocadas una junto a otra, lo separaban de su objetivo. La piedra en la que había tratado de clavar los nudillos le dirigía una mirada burlona. Solo podría usarla para escalar, pero lo más probable era que se partiera el alma antes de alcanzar siquiera la cima. A este lado del Muro, el silencio era la voz del viento y la respiración derrengada de su compañero. Pero podía imaginar, ver a través de la opacidad de aquella mole. Oír las risas de las personas que vivían al otro lado. Intuía el sentimiento de protección con el que se movían, además. La red de su engaño tenía infinitos hilos; era una telaraña tejida en un punto elevado e inaccesible, y ellos se comportaban como pequeños insectos con desesperadas y patéticas vidas cuya única función es alimentar a algo más grande.

El odio volvió a correr por sus venas, libre como un animal salvaje. Detrás de ese muro era todo tan, tan frágil. Él solo tenía que cortar un hilo y entonces...

—Tenemos que actuar ya —exclamó, y no había sido consciente de que su mano volvía a presionar la piedra hasta que vio la sangre en las yemas de los dedos.

—Calma, chico —ordenó con suficiencia su compañero. El encapuchado odiaba que se dirigiera a él de aquel modo. Le recordaba que sería un rey joven e inexperto—. Si nos precipitamos, cometeremos errores, y nosotros no podemos permitirnos ninguno.

—Pero ¿no los oyes? Están justo aquí, creyéndose inmortales y poderosos, y...

—Suplicarán, chico. Suplicarán. —El hombre le sonrió: no

era una sonrisa amable ni amistosa, tampoco buscaba tranquilizarlo. De hecho, aquella sonrisa le daba un poco de miedo—. Y entonces, tú decidirás quiénes merecen ser perdonados y qué nombres deben ser borrados de la historia.

El encapuchado asintió, conforme. Era lo que esperaba. Lo que merecía. Ya no estaba enfadado, aunque le seguía molestando la idea de estar tan cerca de su destino y no aprovechar aquella oportunidad.

—Sí, por supuesto. Sí —terminó respondiendo—. ¿Qué hacemos ahora?

El hombre que a veces se vestía de desconocido y otras tantas le recordaba a su difunto padre sentenció, sin atisbo de duda:

—La parte más difícil en cualquier voluntad de cambio. Esperar.

Y se alejó por donde había venido. El encapuchado no podía demorarse en seguir sus pasos o se perdería. Lejos de aquel Muro, los mapas servían de poco.

Oyó una última vez el rastro de esas vidas que despertaban y dormían al otro lado, acarició la piedra como si fuera una mejilla cubierta de lágrimas.

Él iba a devolver el equilibrio a su mundo. Él iba a enseñarles la auténtica naturaleza del suyo. «Renacer es destruir».

El encapuchado soltó la piedra. Se dio la vuelta y se marchó sin hacer ruido.





PRIMERA  
PARTE



CUANDO LA VERDAD  
ESTÁ CARGADA DE SOMBRAS





*«Allí estaba, entre un amasijo de sombras, iluminada por su propio y resplandeciente sino: nuestra región. Gloriosa e intacta. Alzándose donde otras cayeron, inalcanzable como los pájaros que sobrevuelan sus tejados. Esculpida con manos duras y guerreras, de alma fuerte como las rocas que la envuelven. Xeredhia. Recordad su nombre, pues también es el vuestro.*

*La historia se escribe sobre la historia».*

*— Historia de la región de Xeredhia. Introducción —*

Lyra nunca había pisado Oake's End.

Sentía más expectación que nervios. Las normas que de verdad importaban, esas que sus antepasados decidieron escribir en el aire y que generación tras generación se habían ido atesorando como un principio innegable, escapaban de su control, así que Lyra vivía en la orilla de las otras normas, las que eran laxas y ambiguas, y de vez en cuando disfrutaba saltándose-las. Estaba mal visto que alguien como ella se dejara ver fuera de Starsand, por eso se había cubierto con un abrigo largo, discreto, negro, quizás en un intento por fundirse con las sombras que el atardecer arrancaba en las calles desde el cielo, también plano, infinito, oscuro.

A pesar de su atuendo, no había podido engañar a los mundanos. La observaban al pasar por su lado como si fuera una obra de arte muy cotizada.

Lyra estaba pensando en largarse de allí cuando se acercó a

ella un chico rubio, de pelo rizado, con una vestimenta bastante similar a la suya. Antes que en su sonrisa, se fijó en la mano que alargó hacia ella.

—Lo siento, ¿llevas mucho esperando?

Lyra se apartó con brusquedad.

—El tiempo suficiente como para echar de menos mi casa —respondió, mientras la mano del chico dibujaba un garabato en el aire antes de volver a reposar en su costado. Se le oscurecieron los ojos, y no porque estuviera a punto de caer la noche.

—¿En serio?

—No. —Lyra se arrebuja en su abrigo y taconeó con impaciencia contra el suelo—. ¿A dónde vamos, Irmyn?

—¿Ya? Pensaba que antes podíamos tomar...

—Otro día —lo interrumpió—. Hoy ya sabes a lo que he venido.

Irmyn pareció más sorprendido que decepcionado.

—Sígueme.

Obediente, Lyra se separó de la pared que había abrigado su recelo hasta ese momento y caminó tras Irmyn. Oake's End o La Otra Ciudad, como se conocía al lugar en el que vivían los mundanos, era un fragmento de mundo completamente distinto al suyo. Allí la gente no guardaba las formas, ni hablaba en susurros ni seguía un mal disimulado orden. Los mundanos gritaban, reían con escándalo y se abrazaban. Si se percataban de la presencia de alguien como Lyra, parecían hacerlo más alto, más fuerte, con rabia, así que la mirada de la chica bailó de un descubrimiento a otro. Las casas eran bajas y estaban apilotadas entre sí. El olor a especias y fragancias mucho menos apetecibles flotaba por todas partes porque los comercios eran espacios abiertos. Las calles no estaban pavimentadas y el barro le manchaba las botas y el bajo del abrigo. No era precisamente un paraíso, pero aun así, Lyra disfrutaba de esa explosión de vida.



—¿Habías estado aquí antes? —interrogó a Irmyn. Al instante se dio cuenta de lo estúpido de su pregunta. Si él no hubiera estado antes en La Otra Ciudad, jamás la habría citado allí.

—Qué remedio —respondió el chico, confirmando sus sospechas—. Cuando los mundanos se rebelan, alguien tiene que bajar a poner orden.

—Pensaba que de eso se encargaba la Asamblea.

—¿De verdad crees que van a perder su tiempo con basura mundana? —Lyra tragó saliva ante su desprecio. Por suerte, nadie los estaba escuchando. O fingían no hacerlo—. Un buen gobierno, delega. No se entretiene con minucias.

A Lyra la idea de una revolución no le parecía algo pequeño. Las tensiones con los mundanos crecían como las flores de su taller en primavera, solo que el invierno ya no conseguía enterarlas. El Muro, que hacía décadas los había separado y que ahora solo los protegía del exterior, parecía un incómodo recordatorio. Lyra nunca lo había visto tan de cerca. La sombra que proyectaba su imponente estructura era tan fría como el soplo aletargado del invierno.

Lyra se estremeció y apretó el paso para no quedarse atrás y caminar junto a Irmyn.

—Ya hemos llegado —anunció él poco después.

«¿A dónde?», estuvo a punto de preguntarle, hasta que se dio cuenta de que se habían detenido en un discreto jardín. Apenas se atisbaban los colores del crepúsculo, todo estaba oscuro por la sombra que provocaba la cercanía con el Muro. La multitud había quedado atrás, en la arteria principal, por lo que estaban solos. Solos y rodeados por árboles semidesnudos, bancos de piedra desgastados y arbustos que pedían a gritos que llegara la época de lluvias.

—¿No conocías un sitio con más encanto? —Lyra le dedicó a Irmyn una sonrisita divertida.

—Depende de lo que pidas, ya lo sabes —repuso, fanfarrón.

La hierba estaba aplastada y marchita, y había zonas yermas aquí y allá. Lyra apoyó los pies con toda la firmeza que le permitió el terreno y se quitó el abrigo. Irmyn hizo lo mismo. Deba-jo, el chico portaba la armadura que los guerreros usaban para entrenar en el Fuerte: una coraza de cuero ligera que cubría el pecho y parte de los hombros. Lyra no tenía armadura propia, las mujeres no formaban parte del ejército de Xeredhia, pero le había robado una a su hermano y le había hecho algunos retoques para adaptarla a su anatomía. El cabello, por fin liberado, le caía por la espalda hasta casi rozar la hierba. Se lo recogió con un gesto que había repetido miles de veces.

—¿Empezamos?

—¿Estás segura de esto? —quiso saber Irmyn, separando las piernas y calentando los músculos.

—¿Por qué te preocupas tanto?

—Se rumorea que el viejo Alastor va a jubilarse. La Asamblea necesitaría un nuevo miembro y entonces...

—¿Crees que tienes posibilidades?

—Claro. ¿Tú no?

Lyra esbozó una media sonrisa e imitó su forma de calentar. No entraba en sus planes estropear las ilusiones de nadie. Al menos, no ese día.

—¿Empezamos ya o no? —zanjó.

Irmyn levantó los puños y la miró con suficiencia.

—Pon las reglas.

—Tres combates. Pierde el primero que caiga al suelo. Y gana el que consiga más victorias. ¿Preparado?

Como respuesta, Irmyn le lanzó un puñetazo. Lyra no se lo esperaba e intentó saltar hacia atrás para esquivarlo, pero el golpe impactó con fuerza en su mandíbula. A pesar de la sorpresa, logró estabilizarse y rugió de rabia. Se llevó una mano a la cara,

para comprobar que no tuviera nada roto. Aparte de un dolor palpitante y una leve hemorragia en el labio, no parecía que nada le impidiese continuar.

Irmyn se encogió de hombros.

—Lo siento, preciosa. ¿Te he hecho daño?

Lyra no se molestó en elaborar una respuesta. Ella también sabía hablar con sus manos. Se abalanzó sobre Irmyn e intentó golpearle el costado, pero él se anticipó y bloqueó sus ataques. Contraatacó con otro puñetazo en su cara, pero Lyra ya estaba preparada y pudo esquivarlo. Bailaron. Lyra comparaba esos momentos de entrenamiento como la más arriesgada de las coreografías; bailaron hasta que ella consiguió romper la defensa de Irmyn y soltarle una patada en el costado. La fortaleza de Irmyn se vino abajo; Lyra lo notó en su respiración pesada y en la vacilación de su último golpe, así que echó la cadera y el pie derecho hacia atrás, giró la rodilla hacia dentro y dejó que fuera ese movimiento el que guiara su puñetazo.

Impactó en el rostro de Irmyn, que terminó tumbado boca arriba.

—Uno a cero —indicó Lyra, agitada y sonriente.

Irmyn se tomó su tiempo para recobrar la respiración y, cuando Lyra empezó a imitar —de forma pésima— el sonido de una gallina, se incorporó haciendo aspavientos de dolor.

A Lyra apenas le dio tiempo a recuperar su posición inicial antes de que Irmyn la atacara con ferocidad. Parecía haber recuperado toda su fuerza, porque ella no podía parar sus golpes. O quizás se lo estaba tomando más en serio. Escondiera lo que escondiera su motivación, Lyra fue incapaz de sobreponerse. Un puñetazo en la boca del estómago la dejó sin aire; Irmyn solo tuvo que empujarla para que terminara boqueando como un pez fuera del agua sobre la hierba.

Le dolía más la humillación de la derrota que los golpes.

—¡Empate!

Irmyn le tendió la mano, pero Lyra la rechazó y se incorporó por sí misma. Le costó un gran esfuerzo, aunque no pensaba reconocerlo en voz alta: la debilidad era solo una elección, o eso decía su padre. Se aseguró de que la armadura seguía en su sitio y se frotó la cara con el dorso de la mano para eliminar la sangre y el sudor. Su sonrisa estaba teñida de rojo venganza.

—¿Estás listo para el combate decisivo?

—Los mundanos y yo estamos listos para verte en el suelo otra vez —respondió Irmyn, señalando un punto a sus espaldas.

La chica se dio la vuelta solo para descubrir que ya no estaban solos. Sentados en uno de los bancos de piedra, había un grupo de cuatro mundanos más o menos de su misma edad. Era fácil reconocerlos: vestían túnicas desgastadas y de colores apagados, además de llevar el pelo corto, casi rapado. No se habían preocupado por esconder su presencia; para sorpresa de Lyra, parecían disfrutar del espectáculo. Se mordió el labio y se giró hacia su contrincante.

—¿Quieres que lo dejemos para otro día?

—Temes que te gane, ¿verdad? —Irmyn se rascó las comisuras de los labios al sonreír.

—No, idiota, es... da igual. —Sacudió la cabeza, recuperó su posición defensiva—. ¡Vamos, ven!

No se hizo de rogar y corrió hacia ella. Lyra le lanzó una patada a la cara, pero el guerrero se protegió con los brazos. Aprovechando su inestabilidad, intentó golpearla en el costado izquierdo, pero Lyra hizo una finta en el último momento; los nudillos de Irmyn rozaron la armadura, y Lyra sintió la promesa ardiente de ese roce. Cuando volvió a tener los dos pies apoyados en el suelo, se preparó para asestarle otro golpe en la cara —le encantaba golpear caras—, pero había perdido de vista el otro puño de Irmyn e hizo una mueca de dolor cuando descubrió, más

bien sufrió, dónde se encontraba: impactando con fuerza contra sus costillas. Perdió el equilibrio y se tambaleó hacia atrás, ventaja que el chico utilizó a su favor para darle una patada que la acercó peligrosamente al suelo. «Mierda», pensó Lyra.

«Mierda, mierda, mierda».

No podía perder. No quería perder. Su cuerpo caía como si no tuviera huesos ni masa corporal ni órganos, como si su piel solo albergara sangre y vacío y esa ligereza, de pronto, se transformó en su arma más poderosa. Durante el combate se habían desplazado sin darse cuenta, y bajo ellos ya no crecía hierba. Solo polvo, hojarasca y tierra. Polvo. Hojarasca.

Tierra.

Lyra concentró las pocas fuerzas que le quedaban para apoyar las palmas de las manos en el suelo, arqueó el cuerpo y dio una voltereta hacia atrás, momento que aprovechó para agarrar un puñado de tierra del suelo. Ante las exclamaciones de júbilo de los mundanos, Lyra se enderezó y, cuando Irmyn se aproximaba a ella dispuesto a finalizar el combate, arrojó la tierra a sus ojos. El chico soltó una palabrota y se llevó las manos a la cara; mientras tanto, Lyra le golpeó repetidamente en el estómago, la cara, el pecho... en todas partes. No hubo un golpe decisivo, tampoco hizo ningún movimiento que la hiciera parecer una auténtica guerrera, pero ver a Irmyn acurrucado en el suelo, gimoteando y frotándose los ojos con rabia, infló su ego de honor y orgullo.

—Como siempre, la inteligencia vence a la fuerza —exclamó—. ¡He ganado!

—*Mpfh* —farfulló Irmyn, retorciéndose mientras intentaba ponerse en pie.

—¿Cómo? ¿Qué dices?

—¡Que eso no vale! ¡Has hecho trampas!

—¿Trampas? Te he tirado al suelo, así que he ganado.

—¡Pero no se permite arrojar nada a la cara del contrincante! Y

mucho menos tierra... —Irmyn se restregó los ojos para reforzar su argumento—. No te puedes imaginar lo que escuece.

—No hablamos de restricciones. La única regla era dejarte por los suelos y ya lo he hecho. De todas las formas posibles —replicó Lyra, cruzándose de brazos.

—No ha sido un combate digno —insistió él.

—La próxima vez, podemos probar con una espada y salimos de dudas.

—Pero ahora estamos en el... ahora. Y yo digo que no es justo. Así que, ¿cómo lo solucionamos?

Lyra se mojó los labios, dudosa. El sabor metálico de la sangre explotó bajo su lengua mientras se encogía de hombros y señalaba a los jóvenes que, en silencio, esperaban la resolución del conflicto.

—¿Les preguntamos a ellos?

Sin molestarse en esperar una respuesta, Lyra le dio la espalda y se acercó a los mundanos.

\* \* \*

«Somos peores que un secreto. Asímelo, Navid. Nacimos mundanos y moriremos mundanos».

Cada vez que salía de casa, cada vez que hacía algo distinto a su habitual rutina de estudiante, Navid oía en su cabeza el lema de la familia y sentía ganas de desaparecer.

Por eso, cuando vio a aquella chica caminar hacia ellos, supo que se había metido en la clase de lío que llevaba evitando toda su vida.

—Vámonos —susurró. Hizo ademán de levantarse, pero nadie se movió del banco.

—Tranquilo, no nos van a hacer nada —dijo Thet, que le aplastaba las rodillas con la espalda y sonreía como si acabaran de concederle un premio.

—¿Cómo estás tan seguro?

Su mejor amigo, Jowet, le dio un codazo.

—¿Estás ciego, Navid? Les hemos visto luchar. Luchar —recalcó en un murmullo exaltado.

Sus amigos se comportaban como si esa información les diera alguna clase de poder, cuando Navid presentía todo lo contrario. Ellos eran mundanos. La chica había robado una armadura. Estaba acompañada por un guerrero con una estructura corporal similar a Nasru, el único monte que había en La Otra Ciudad. Era evidente que estaban escondiéndose a ojos de otros guerreros. Y ellos eran mundanos. ¿Quién iba a confiar en su versión? Resultaba más fácil silenciarlos. Esa desconocida bien podía decir que se desorientó y fue atacada por miserables mundanos. Que no le quedó más remedio que defenderse. ¿Y qué sería de ellos, entonces? ¿Qué sería de él?

A Navid le costaba respirar.

—En serio, tendríamos...

—Puedo asumir que habéis visto la pelea, ¿verdad?

La guerrera, aunque no podía ser realmente una guerrera, se plantó frente a ellos y sonrió con suficiencia. Tenía la cara cubierta de sangre y cortes, y sus ojos eran de un azul tan imperfecto que Navid sintió el rumor del agua emanar de ellos. Su mirada descendió por el cuero, y Navid notó la boca seca cuando la chica ladeó la cabeza y su cuello quedó al descubierto. Una fina cicatriz en forma de cruz torcida ensombrecía su pálida piel. Sus brazos también estaban salpicados de cicatrices y, cuando Navid comprendió lo que eso significaba, deseó con todas sus fuerzas no haber nacido.

—¿Eres alquimista?

La chica lo miró como si fuera idiota.

—¿Tanto se me nota?

Navid bajó la mirada, incómodo. En cuanto a poder y estatus,

los alquimistas y los guerreros estaban muy igualados. Sin embargo, la historia reflejaba a los primeros como ayudantes necesarios, y a los segundos, como los salvadores indiscutibles de la región. Los mundanos debían ser fieles seguidores de ambos independientemente del momento de la historia en el que se encontrasen, claro. Una vez escuchó a un viejo guerrero referirse a ellos como: «el mal necesario».

La rabia empezó a sustituir al miedo cuando el chico que acompañaba a la alquimista se acercó a ellos con gesto burlón. Navid apretó los puños.

—No tengo todo el día, mundanos —les sermoneó—. ¿Habéis visto la pelea o no?

—Es lo más interesante que ha pasado hoy por aquí, así que supongo que sí —respondió Jowet, y esta vez fue Navid el que enterró el codo en sus costillas.

El guerrero silbó.

—No me cabe duda.

—¿Quién diríais que ha ganado el último combate? —La chica empezó a hablar antes de que su acompañante terminara de mofarse. Quizás buscaba rebajar la tensión. Quizás la justicia también funcionaba para ella como una herida. Quizás solo quería sentirse importante. Navid no lo sabía. Empezaba a ver todo de color rojo—. Yo, ¿verdad?

—Has hecho trampas. Me has arrojado tierra a la cara, y eso no está permitido.

—Ha sido válido y solo te estás quejando porque he herido tu orgullo de hombre guerrero.

La pareja alzó la voz y se enzarzó en una discusión absurda. Navid intentó levantarse de nuevo, pero sus amigos habían ido arremolinándose a su alrededor formando una especie de jaula que lo mantenía atado a ese momento, enclaustrado. Se preguntó entonces quién olvidaría antes: la chica, el Muro, la noche o él.



—Ella te ha tirado al suelo, ¿no? Entonces ha ganado. —Thet fue el primero en atreverse a opinar, para sorpresa de Navid. Era, con diferencia, el más reservado del grupo.

Supuso que también estaba buscando su instante de gloria.

—Pero él tiene razón: las Justas no permiten ese tipo de movimientos. Es una triquiñuela, no tiene honor quien se comporta así —defendió Kyu .

—Pues yo también creo que ella es la ganadora. —Jowet estaba lanzado y hablaba directamente con los desconocidos—. Solo por el mérito de que una chica sepa dar buenos puñetazos tendrías que dejarla ganar.

—Ese no es el piropo que tú crees —sentenció ella con una divertida y fría calma. Después, su mirada voló hacia Navid, que no se encogió tanto como habría esperado—. Y tú, ¿qué opinas?

—Opino que sin esa marca te habría resultado casi imposible dar esa voltereta final. —Señaló la cicatriz que recorría su hombro hasta la clavícula. Era como un rayo partido por la mitad, formando cuatro triángulos unidos por sus bases. Inconfundible para Navid—. Poción del halcón, ¿verdad? Ayuda a preservar los sentidos en una batalla. Más bien, los agudiza.

—¿Eso es cierto? —El guerrero miraba a Navid y a la chica alternativamente.

Ella se encogió de hombros y se soltó el cabello. Navid creyó por un momento que aquel manto castaño poseía la cualidad del infinito. Los alquimistas tenían fama de ser excéntricos con su apariencia: cabellos imposibles, colores difíciles de descifrar, aros de metal en partes de la cara que Navid consideraba intocables... Aquella alquimista no parecía obsesionada con destacar. Salvo por la longitud de su pelo.

—Tampoco dijiste que no pudiéramos usar pociones —estaba diciendo para defenderse.

—Esto es el colmo, Lyra. Eres una tramposa —escupió el otro.

Así que se llamaba Lyra. Aquel nombre le resultaba familiar, pero no despertaba nada concreto en él. Confusión. Indiferencia.

—Oh, vamos, ¿qué posibilidades tendría con un guerrero de verdad?

—Para eso sirven los entrenamientos. Para...

—Perder es aburrido. ¿Verdad, perdedor? —lo interrumpió Lyra, que volvió a recogerse el pelo con la mirada clavada en Navid. El guerrero sin nombre puso los ojos en blanco y murmuró algunas palabras malsonantes e irónicas sobre los mundanos y la importancia de sus opiniones—. ¿Cómo sabías lo de la marca?

—Leyendo —se limitó a responder Navid.

«Tu amigo debería probar a hacerlo de vez en cuando».

—Sabes mucho de alquimia para ser un simple mundano —insistió Lyra.

Navid se inclinó, apoyando los brazos en las rodillas. Se sentía con ventaja.

—No me defiendes mal. Tú, en cambio, te mueves demasiado bien para ser una simple maga.

Entre los mundanos se había popularizado el término «mago» para referirse a los alquimistas, aunque él estaba convencido de que la magia no existía. En los cuentos, quizás, y aun así a Navid le costaba darle credibilidad a esas historias que presumían de aprendizajes forzosos y finales felices.

No, Xeredhia no conocía la magia, y los alquimistas, tampoco. Ellos eran los encargados de fabricar pociones o preparados que servían para potenciar —o debilitar— determinadas cualidades de los que las ingerían. La alquimia no era magia ni milagro: era una ciencia milenaria, una dádiva desenterrada de la naturaleza. Llamar mago a un alquimista suponía despreciar su condición y su trabajo, por eso los amigos de Navid se removieron al oírlo hablar, incómodos.

—¿Simple? —Una chispa de enfado brilló en la mirada de Lyra.

—¿Maga? —El guerrero se indignó tanto o más que si le hubiera insultado a él—. Retíralo. Retíralo, mundano.

Amenazante, dio un paso hacia el banco. Pero Lyra se limitó a sonreír y a estirar los brazos.

—Hay demasiada tensión en el ambiente. ¿Por qué no combatimos un rato?

—¿Qué? —exclamaron Navid y el guerrero a la vez, girándose hacia la alquimista.

—Prometo no arrojar nada a la cara.

—No, Lyra —dijo el guerrero, cuyo rostro empezaba a teñirse del color boreal de los moratones—. Hay límites que no voy a cruzar. Ni siquiera por ti.

Lyra, lejos de parecer disgustada, le guiñó un ojo.

—Perfecto, entonces. Ya nos veremos.

El chico abrió y cerró la boca varias veces. Era evidente que no se esperaba esa respuesta. Ni él ni nadie. A Navid le habría dado pena si, antes de darse la vuelta y empezar a alejarse de allí, no le hubiera mirado como si quisiera usarle de estafermo.

A solas con la alquimista, una corriente más recelosa que festiva inundó el ambiente. La noche había caído sobre ellos, Navid no recordaba cuándo, y la única iluminación que tenían para verse provenía de la luna y las antorchas que aún resplandecían en los comercios más cercanos. Las cicatrices de Lyra parecían dentelladas sobre la piel. Su sonrisa, un hilo de oscuridad sin nombre.

—¿A qué esperas, mundano?

Navid no se dio cuenta de que le estaba hablando a él hasta que advirtió que nadie más contestó. Tragó saliva, nervioso.

—No sé pelear.

—Yo te enseño.

Jowet hincó el codo en sus costillas como si quisiera atravesarlas. Thet se incorporó para que pudiera mover las piernas y Kyu insinuó una mueca que venía a decir algo así como: «Eso te pasa por ser tan poco mundano».

Y Navid era muchas cosas. Aplicado, cascarrabias, desconfiado, precavido, mundano.

Pero, por encima de todo, era Navid.

Así que se puso en pie y caminó con seguridad hacia Lyra. Esta lo esperaba sobre la hierba, cuya creciente sombra parecía repicar sobre sus piernas, atrapándolas. Navid nunca había tenido un contacto tan íntimo con una alquimista; no le correspondía como mundano. Y tenía que reconocer que aquello le generaba más expectación en su presente que nervios por el futuro. Se situó a una distancia prudencial y clavó los talones en el suelo. «Vamos, no te caigas. No te caigas», se dijo a sí mismo, intentando imitar la postura de combate de Lyra. No parecía una orden muy difícil. Se preguntó cómo reaccionaría su cuerpo al recibir un puñetazo. Qué dirían sus padres si lo esperaran en casa y, al llegar, les dijera que se había peleado con una alquimista con complejo de guerrera.

—¡Mundano!

Estaba tan enredado en esa ensoñación con sabor a recuerdo, que no se percató de que el combate ya había empezado y Lyra corría directa hacia él. Cuando quiso bloquear sus golpes, ya era demasiado tarde. Como si llovieran piedras, los puños de Lyra impactaron con dolorosa rapidez en su estómago, y Navid terminó doblado sobre sí mismo y luchando, sí, pero... contra las ganas de vomitar.

—La cabeza en el combate. Siempre —dictó la chica, y sonó como un consejo.

Navid tosió y evitó mirar a sus amigos al incorporarse. Por muy extraño que resultara, sentía más curiosidad que vergüenza. Al

fin y al cabo, una vida en la que no hubiera nada que aprender no podía considerarse vida.

Flexionó las piernas y cerró los puños. Lyra, que ya estaba preparada, lo observó con detalle. Después, chasqueó la lengua, abandonó su pose defensiva y se acercó a él. La hierba había dejado de crujir bajo sus botas.

—Tienes que colocar los brazos más arriba. Así. —Lyra no pidió permiso para tocarlo, simplemente lo hizo. Navid se quedó paralizado ante aquel contacto tan íntimo; fue como si el hielo de sus ojos hubiera arreciado en sus manos, en sus brazos, en lo que quedaba de él. Lyra extendió el frío por toda la superficie de su piel, manejó el cuerpo de Navid como si fuera un muñeco de trapo hasta que consideró que su postura era medianamente correcta y dijo—: Los pies son las raíces que sostienen el cuerpo durante una pelea. Mantén tensos los músculos del estómago: recibir un puñetazo con el estómago relajado duele el doble. O el triple. ¡Ah! Y mantén la boca cerrada. No querrás perder los dientes, ¿entendido?

Olía a lavanda, a crema batida, a metal y a niebla.

—Entendido.

Cuando se separó de él, Navid dejó de sentirse solo. Hizo todo lo que Lyra le había pedido, y aun así perdió miserablemente contra ella, aunque aguantó algo más de tiempo en pie y los golpes en el estómago le dolieron mucho menos.

—¿Preparado para el último combate? —La alquimista se apartó un mechón de pelo que había escapado de su recogido y le dirigió una sonrisa torcida.

A ella solo la había tocado el aire. Parecía relajada.

Los amigos de Navid habían despertado de su estupor y jaleaban su nombre, si por jalearse se entendía darle ánimos mientras vigilaban que el jardín no se llenara de mundanos interesados en algo tan insólito como una pelea entre uno de los suyos y una

alquimista. Navid se limpió la cara, por suerte solo de sudor. La tensión era como un animal agazapado en su caja torácica, pero estaba... ¿estaba divirtiéndose? Ojalá alguien le ayudara a descubrir lo que sentía. Ojalá ese momento acabara y, a la vez, no.

—Preparado.

Imitó la pose de los guerreros lo más profesionalmente que pudo y trazó una estrategia. Lyra se movía con rapidez. Atacaba con rapidez, se protegía con rapidez y pensaba con rapidez. Lo mejor para él sería esquivar o protegerse de sus golpes y esperar a que ella expusiera algún punto débil o cometiera un error. Si usaba una poción para equilibrar sus sentidos, podía desestabilizarla. Solo tenía que mantener la guardia hasta que se cansara de golpear y, con un poco de suerte, pegarle lo suficientemente fuerte como para hacerla trastabillar y conseguir tumbarla. «Eso sí que sería magia».

No tuvo más tiempo para pensar. Lyra salió a su encuentro y le propinó una fuerte patada en el costado. Navid logró protegerse y retrocedió para generar más espacio entre ambos. Ella no se dio por vencida e intentó golpearle el rostro, pero Navid ya estaba preparado y, además de esquivar el golpe, contraatacó. Lyra, sin embargo, ya lo había previsto e hizo una finta que pilló por sorpresa al mundano. Navid notó un dolor punzante en la pierna izquierda y maldijo en voz baja haber olvidado que su vestimenta de tela apenas ofrecía protección contra las recias botas de piel de una chica bajita que jugaba a las peleas. Dobló la rodilla en el suelo y Lyra se echó sobre él para asestar el golpe final, el que le proporcionaría la victoria, pero Navid consiguió girarse en el último momento y la agarró por la cintura, haciendo que perdiera el equilibrio y cayera junto a él. Ella intentó zafarse, pero solo le sirvió para acabar encima de su pecho.

Sus respiraciones se entremezclaron y Navid sintió las curvas

de la chica bajo las manos, el olor del cuero, los latidos enfurecidos de su corazón aprisionándolo contra la hierba.

—No ha estado nada mal para ser tu primera vez —le susurró ella, maliciosa.

Navid enrojeció, y Lyra aprovechó para ponerse en pie. El frío le dio la bienvenida mientras ella se sacudía la tierra de la armadura, aunque lo hacía tan fuerte que parecía que quisiera desprenderse del eco de todos esos latidos. Recogió su abrigo del suelo.

—Gracias por la pelea... esto...

—Navid.

Ella asintió y se puso el abrigo. La noche había crecido también en sus ojos.

—Encantada. Ya nos veremos.

Cuando Navid quiso ponerse en pie, Lyra ya se había ido. Mecido por el rumor del viento y los últimos coletazos de la jornada, aquel jardín pareció rechazar su ausencia; fue como si ya no tuviera razones para seguir allí. Seguramente, así era. Se giró hacia sus amigos, que lo miraban como si aún permaneciera tumbado en el suelo. «Somos peores que un secreto». Navid se encogió de hombros.

—Creo que hemos empatado.